

■ CRÍTICA DE ROCK

Impresionante Van Morrison... como el precio de las entradas

► Concierto de Van Morrison y Linda Gail Lewis. Festival del Milenio. Lugar: Palacio de Congresos. Fecha: 29 de enero de 2001.



Javier Prieto

Un momento de la actuación de Van Morrison anoche en Madrid

Todo el interés que tuvo anoche el fin de fiesta del Festival del Milenio, descansaba en la curiosidad de volver a disfrutar con la entrega del que también fuera protagonista de aquella memorable doble sesión que cerró en 1999 el Jazzaldía Donostiarra: el cantante y compositor de Belfast Van Morrison.

Este estudioso del comportamiento de la música popular de los últimos cuarenta años, establece siempre en sus conciertos una especie de autoridad sobre el público, conduciéndole de un lado a otro, zaran-deándole sin reparos, amaestrándole de algún modo para que siga obediente el dictado de sus elaboraciones, adopten éstas la dirección que adopten, que, dicho sea de paso, tiene desde hace más de una década una trayectoria invariablemente ascendente.

ENORME ALTURA ARTÍSTICA

Este dominio sobre su audiencia no es superficial, sino que responde a un criterio. Y basta con comprobar lo quisquilla y cascarrabias que es el Hombre en escena -vestido rigurosamente de negro y tocado con su eterno sombrero- para darse cuenta de ello. La afición queda envuelta y encerrada en una malla sonora elaborada por el septeto que le acompaña, pero es Morrison el que, con altura artística enorme, siempre le pone colorido de prestigio y temperamento al discurso. Para el caso, se suponía que éste anoche quedaría compartido con la rehabilitada estrella del country Linda Gail Lewis -hermana del legendario Jerry Lee Lewis-, pues, juntos, también han grabado, recientemente, «You win again», el disco que venían a presentar.

O eso debía haber sido, porque así

se preveía. El recital, a cambio, fue una visita a la imagen y a la historia ya contada de este autor, cuya tiranía no se agota despidiendo a los fotógrafos con cajas destempladas o culpando a los técnicos de la escasa potencia de su voz, cuando él mismo se aparta del micrófono; no, también afecta a Linda Gail Lewis que hubo de conformarse con quedar frente al piano, como parte del grupo, participando puntualmente como cantante en los prolegómenos del concierto y durante la despedida. Valió la pena, sin embargo.

Escucharles cantar, perfectamente acordados, «Roll over Beethoven» o «Johnny B. Goode», y tener la sensación de asomarse de nuevo al verdadero rock and roll, era una misma cosa. Y en «Think twice before you go» y «Baby (you got what it takes)», que habían llegado antes, se tenía idéntica impresión con un mundo en el que el soul y el blues adquieren un sentido diferente cuando son ellos los que hacen su lectura. La eficacia de los instrumentistas -aunque la memoria recuerde ahora que ha sido mejorada en visitas anteriores del artista- tiene, desde luego, mucha responsabilidad en los resultados. Y, así, si el guitarrista parecía esencial, el trío de metales es el otro gran bastión sobre el que se apoya la estructura de este invento.

Sin embargo, lo peor fue que este concierto tuvo cómplices muy evidentes en los responsables de la Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, avalando desde el arranque de este festival disparates como el del descontrol de la venta duplicada de entradas en el recital que María Dolores Pradera ofreció el pasado 26 de diciembre, y el que anoche procuró otra «campanada» de dimen-

siones análogas en el mismo recinto. Las razones: el elevado precio que tuvo que pagar cada uno de los asistentes -entre 6.000 y 9.000 pesetas- para disfrutar de este espectáculo, que, por otra parte, como digo, careció en todo momento de tiempos muertos en sus noventa minutos de duración.

Es reprochable que un encuentro popular como debería serlo éste -y, si no, piénsese en la gratuidad del acceso al mucho más modesto, aunque de intenciones equivalentes, «Emociona!!! Madrid» del Ayuntamiento de esta ciudad- alcance precios tan elitistas. Dicho de otro modo: señoras y señores representantes de la Consejería de Cultura, esta clase de récords de taquilla dejan siempre en el personal la terrible impresión de que los negocios -aunque, realmente, no sea así- fuesen más importantes que la propia difusión de la cultura, cuyo acceso al ciudadano tienen Vds. cierta obligación de facilitar.

MUY DEFICIENTE

Cualquier sensibilidad crítica constructiva -como, a menudo, concluyo- se verá forzada a calificar con un «muy deficiente» este fin de fiesta, por mucho que, durante la elaboración de estas notas urgentes, quiera tener todavía presente un espléndido recital, en cuyo desarrollo Van Morrison encontró nuevos caminos en la reinterpretación de números como «Why must I always explain?», «Cleaning windows» o «High summer». Los aplausos atronaron el patio de butacas y el entresuelo, respondiendo a cada golpe de sensibilidad de este artista temperamental. ¡Impresionante, señores! Como el precio de las entradas.

Luis MARTÍN

■ MÚSICA CLÁSICA

Antonio Pappano y la London Symphony, luz desde el silencio

► Orquestas del Mundo de Iberoamérica. A. Barantschik, violín. London Symphony Orchestra. Dir.: A. Pappano. Obras de Pärt, Prokofiev y Shostakovich. Auditorio Nacional. 27 de enero.

La pesadumbre, la vehemencia y el pesimismo se dieron cita en el programa que Antonio Pappano dirigió a la Orquesta Sinfónica de Londres. Ambos le dieron coherencia aportando luz y transparencia a lo que también es posible expresar desde la opresión y la densidad. Con ello, el «Cantus en memoria de Benjamin Britten» de Arvo Pärt y la décima sinfonía de Shostakovich se acercaron al carácter más diáfano del primer concierto violinístico de Prokofiev. El concertino de la orquesta, Alexander Barantschik, lo entendió con bondad, en una interpretación concentrada en la que lo trepidante y la utilización masiva de recursos técnicos se resolvió con una exquisitez y naturalidad que interesó antes por la meticulosidad que por el arrebatado. Desde luego se trataba de un sentimiento común que la orquesta sirvió con sentido camerístico cercano a la intención de meditada concentración que quiso expresar Prokofiev.

Así, lejos de la rotundidad, al margen de la espesura de sonido o de fuerza de un lirismo más hondo y romántico, la Sinfónica de Londres y Pappano fueron construyendo el programa por acumulación, dejándose llevar por la claridad y sutileza de un discurso que se había iniciado con la imperceptible llamada de la campaña que una y otra vez acompaña la variación perpetua del «Cantus» con el que Arvo Pärt alcanzó su primer éxito internacional.

Hay en la música del estonio una reconocida influencia de Shostakovich, como en la de este último una oscuridad que va más allá de la rememoración y que en no pocas ocasiones pretende hacerse sofocante y bestial. Tal es el caso del segundo movimiento de la décima sinfonía de Shostakovich en el que el vanidoso Stalin fue retratado sin miramiento. Se convirtió en un admirable punto culminante de lo que había nacido como un poético discurso construido desde el silencio, tan alejado de cualquier lúgubre pretensión que fue necesaria la llegada de ese fulgurante momento orquestal y el posterior desenfreno de la «fiesta» que le da final para que se aplaudiera con justicia lo que había sido rigor y solvencia.

Alberto GONZÁLEZ LAPUENTE